

cualquier cosa que ofrezca cariz de habitación humana y prometa un descanso, un momento de reposo, un pequeño alto, un instante de vida. ¡Qué camino, Dios mío! ¡No se ve cosa alguna á cien pasos de distancia! Ánimo: adelante: cinco minutos más y estamos del otro lado. ¡Quién sabe! ¡Quizás á la vuelta, y cuando menos lo esperemos se nos aparecerá á lo lejos una praderilla, ó una arboleda, junto á la cual se mande hacer alto! La esperanza comunica nuevos alientos: apresúrase el paso: se ha llegado á la vuelta: se emprende con ánimo la nueva dirección: se alarga la cabeza, se aguza la vista para ver si se descubre algo... ¿Casas? ¿Árboles? ¿Aldeas? ¿Granjas?... ¡Nada! Camino, camino y siempre camino. ¡Oh desesperación! Las barbas descansan sobre el pecho: los ojos no se levantan del suelo: las espaldas se encorvan bajo el peso de los morrales: las filas que con la prisa se habían estrechado vuelven á clarear: la cola retarda el paso: el jefe de la primera mitad marcha ya á la cabeza de la segunda, el de la segunda á la cabeza de la compañía que le sigue: el capitán... ¿dónde estará el capitán?

Los cantares que hace dos horas se oían apenas se perciben. Si se canta aún, es porque se ha comenzado á cantar: terminada la canción es muy probable que no se comience otra. Los diálogos han cesado: los dichos son menos agudos y no tan chistosos. Se comprende que el regimiento lleva cuatro horas de marcha.

Y anda, y anda, y anda. Los rostros quemados por el sol, é inundados de sudor, están negros, contraídos, transfigurados: la respiración es penosa: los labios caídos: la lengua hinchada: las manos torpes y pesadas: los pies adoloridos: todo el cuerpo dominado por el sopor y el abandono. Los morrales gravitan sobre los riñones: las cartucheras sobre las nalgas: los capotes sudorosos y polvorientos forman arrugas á lo largo de la espalda: desabrochados por delante, se han desanudado los corbatines: los kepis echados hacia atrás

hasta tocar la nuca, ó con la visera metida hasta los ojos. Molestados éstos por lo deslumbrante de la luz, ó se fijan inmóviles en la sombra proyectada por el compañero que precede, ó se convierten errabundos á uno y otro lado buscando con avidez un hilo de agua, una fuente... aun cuando fuera un pantano, con tal de mitigar un tanto el fuego infernal que nos abrasa las entrañas... ¡Oh, la sed! Y al llegar á este punto se apoderan de la mente imágenes confusas y variadas de cafés frecuentados en otro tiempo, (cuando se era feliz); se ve á los concurrentes apurando con delicia y tranquilidad grandes vasos de fresca y espumosa cerveza; se distinguen chorros abundantes brotando espumosos de entre las rocas, oyéndose el rumor que producen, y el curso que describen al deslizarse tranquilos entre la fresca y verde hierba... ¡Quién pudiera llegar á ellos! — ¡Llegado al término de la etapa, beberé hasta reventar! Marcharé volando al café. Vaciaré una botella de un trago, y si no basta con una, dos, y sino tres...

Y anda, y anda, y anda. Han cesado los cantos: los diálogos se extinguen. Á veces, de los labios de los más vigorosos, brota un chiste forzado: todo inútil: se acoge con la mayor indiferencia. Se marcha sin hablar palabra. Muchos de los que iban á la cabeza, ahora, cojeando, están en la cola. Los más fuertes que marchaban á la cola, hora, sin que de ello se den cuenta, encuéntranse á la cabeza. Las compañías se confunden. — ¡Á sus puestos todo el mundo! ¿Qué manera de marchar es esta? — Todo inútil: lo mismo que predicar en desierto. — Ese, tú, ¿por qué te detienes? Adelante, hombre, adelante. — No puedo, mi teniente. — Nada, hombre, nada: Adelante... — Todo inútil: está durmiendo. — Á ver esos: cerrar los claros. Ánimo. Ya falta poco.

— ¡Sí, poco! — Dicen siempre lo mismo. — Y entretanto nunca se hace alto. — Y el rancho de esta mañana era agua pura. — Y aún no nos han dado el prest. — Con este sol que

hace, bien podían habernos hecho madrugar algo más. — Y entretanto no se hace alto, — y el rancho, — y el prest...

Apartarse, apartarse. — ¿Qué es? ¿Quién va?... Un caballo que pasa á galope tendido, levantando muy densa polvareda... Ha pasado. Es un oficial de Estado Mayor.

Cabal: esos son los que nos hacen correr. — ¡Es muy fácil decir desde el caballo, adelante, á los que marchan á pie! — Si llevara el morral á cuestas... Hombre, que me estás pisando. ¿Crees que no hay de sobras con ese polvo condenado?

Muchos se detienen: muchos, acortando el paso, dejan que se adelante su propia compañía, para detenerse sin ser vistos: la voz de los jefes suena iracunda, pero sin autoridad: las órdenes son menos frecuentes... El comandante del primer batallón... ¿Pero dónde está el jefe de la primera mitad? — Bien se comprende que el regimiento lleva cinco horas de marcha. (!)

¿Qué es esto? Se oye un punto de corneta muy prolongado. Hácele eco un ¡ah! que recorre de uno á otro extremo de la columna. Todos se detienen, y entonces se forma una confusión, un revoltijo, se sueltan los morrales; se dejan los fusiles; los kepis ruedan por las cunetas que limitan la vía: todo el mundo corre á derecha é izquierda... En dos minutos no se ve ni señal de regimiento. En el interior de las zanjas existentes á uno y otro lado de la carretera se arma una gritería feroz y á empujones y á codazos se disputa un palmo de sombra, un puñado de hierba. Al través de los campos un continuo ir y venir de sedientos en busca de agua, que se siguen, se encuentran y se detienen como una procesión de hormigas á lo largo de un tronco; unos que piden de beber con voz plañidera; otros que se niegan á ello con voz iracunda, ó que consienten á regañadientes, y otros que se quitan los vasos de las manos con verdadero frenesí... Poco á poco va cesando el tumulto; el movimiento disminuye; el silencio se restablece; bien ó mal hanse tendido todos á la

sombra, y cierran los ojos con verdadera delicia... Un minuto más, y el regimiento entero estará entregado al sueño.

—¡Ea, muchachos, á un lado! Á ver si dejáis un poco de sitio por donde pasar. ¿Tú, qué haces? ¿Quieres que te aplaste la rueda? Ese morral de en medio del camino... ¡Apartaos con cien pares de demonios!... ¡Dejad paso!...— ¡Ahí está la Providencia, muchachos: el amigo de los bravos: el que trae la vida: el cantinero!—Los adormecidos se desvelan: estiran los brazos: se restregan los ojos: se apoyan en los codos: se incorporan: se levantan. Corren y forman círculo en derredor del carro, y se agrupan, y se ciñen á él como los caballos marinos en torno de la nave en lo más recio de la tempestad. Por encima de aquella apretada muchedumbre todo es tender las manos; agitar los brazos; dar y recibir monedas de cobre; quejarse ahincadamente de estar esperando más de una hora sin haber podido atrapar cosa alguna; insistir con súplicas ó con amenazas... El pobre hombre no puede atender á todos por más que suda y se afana, y pida que tengan un poco de paciencia, y advierta que á todos les alcanzará...

Un nuevo punto de corneta: *atención*. Sucédele un largo murmullo de sorpresa y descontento.—No hay tiempo siquiera para tragar un bocado.—Para tan poco valía más no haber hecho alto.—Quiere acabar con nosotros.—Es esta una vida de perros. La muchedumbre se dispersa lentamente: en las zanjas tal se levanta y permanece sentado: éste se pone en pie y se despereza; ése aprovecha los últimos momentos que le quedan de descanso; aquél se arregla el uniforme, y poco á poco van saliendo á la carretera, con los morrales á la espalda, y el orden se restablece y todos quedan en formación... —Otro punto, y la primera compañía se mueve,... y luego la segunda y después la tercera... y por último, el regimiento entero está en marcha.— ¡Á sus puestos todo el mundo! ¿Volvemos á las andadas? No, volvamos á la pasada babilonia.

Durante media hora la cosa marcha menos mal, siquiera los miembros se resientan de lo breve del descanso, y no todos hayan logrado apagar la sed.—Á ver estos de la cola: ¿es esta la manera de marchar? Cerrar los claros.—Como iba diciendo, durante media hora la cosa marcha menos mal que antes: las filas se han cerrado; los rezagados se han unido á sus respectivas compañías; los oficiales han vuelto á sus puestos...— ¡Pero este sol derrite los cascos! El calor es tal que ni el de África. ¡Imposible resistir!... Los pies sin fuerzas para levantarlos del suelo, adelantan arrastrando, los brazos cuelgan desfallecidos, el cinturón se afloja, las correas del morral cortan las espaldas, el capote oprime el estómago... ¿No llegaremos nunca? ¿Dónde se nos lleva?

— ¡Una fuente! ¡Una fuente!—Un grito de júbilo responde á la noticia. Rómpe se la formación: todos se precipitan en grupos de cinco, de seis, de diez, y tendidos á la larga meten el rostro en el agua: choques, empujones, disputas, gritos, cachetes.— ¡Á sus puestos todo el mundo!—grita un oficial con tono amenazador. La turba se deshace y se pierde en todas direcciones: muchos, sin poder seguir, por el atracción de agua que se han dado, procuran inútilmente volver á sus puestos: otros llegan tras de una carrera precipitada, viéndose obligados á detenerse al cabo de poco tiempo: otros, finalmente, permanecen un momento más junto al arroyuelo, como si quisieran dar una postrer mirada á aquella fuente bienhechora... Faltan las fuerzas: los huecos se hacen más visibles: las zanjas se llenan de descontentos: todo vacila: todo cae.

De repente, al doblar de una curva se aparece un campanario, una aldea.— ¡La etapa! ¡La etapa!—El grito se propaga instantáneamente de la cabeza á la cola: el efecto es admirable: recóbranse las fuerzas, ciérranse las filas, las compañías se completan, la formación se rehace, los desbandados acuden, todo ha cambiado... Rompe á tocar la música: estamos á las puertas de la población: entramos.

Las puertas de las tiendas, las embocaduras de las calles, las ventanas, los balcones se encuentran llenos de curiosos: acá y acullá, los que ocupan las primeras filas nos contemplan con semblantes en los cuales se lee la curiosidad mezclada de compasión.— ¡Pobrecillos! ¡No estarán poco cansados! — ¡Qué maravilloso efecto el de aquellos ojos! Tal andaba encorvado que sigue con gallarda apostura: éste que cojeaba procura andar con aire marcial: aquél que apenas podía mantenerse en pie, hace un esfuerzo poderoso para guardar buen talante... — Á ver tú, ¿dónde vas? — Un sorbo de agua, mi teniente. — ¡No se bebe! ¡al puesto! — ¡Qué crueldad! — murmuran en derredor algunas comadres compasivas. — ¡Cómo les tratan! ¡Ni un miserable sorbo de agua! ¡Pobres muchachos!

El regimiento ha desfilado: ha formado pabellones y desplegado las tiendas... ¡Qué animación! ¡qué alegría! ¿Y las fatigas y las incomodidades de la marcha no se recuerdan ya? Ni por asomo.

EL ASISTENTE

CUATRO años hacía que moraban juntos, sin que en el transcurso de ellos hubiesen olvidado un instante siquiera, que el uno era oficial y el otro soldado. Aquél era militarmente austero: éste soldadesca-mente sumiso. Y se amaban; pero con aquel afecto duro, tosco, mudo, que no trasciende al exterior; que no se manifiesta de modo alguno; que oculta un ímpetu de ternura bajo un ademán desgarbado; elocuente cuando calla y soso cuando habla; enemigo de toda blandura, y avezado, siempre y cuando se siente acometido por el impulso de llorar, á apretar los labios, y sumirse las lágrimas, para no parecer flaco de espíritu y blando de corazón.

El lenguaje que entre ambos mediaba era el laconismo por excelencia: comprendíanse con un monosílabo, con una mirada, con un gesto, siendo común intérprete el reloj, que todo lo regulaba con la más estrecha disciplina, hasta los pasos y las palabras. — ¿Manda algo mi teniente? — Nada. — ¿Puedo marcharme? — Véte. — Era esta la fórmula cotidiana de despedida: ni una palabra más, ni una palabra menos. Y así habían transcurrido los días, los meses, los años, — nada menos que cuatro años, — en el cuartel, en el alojamiento, en el campamento, en marcha, en guerra, y paula-